

LA INTENCIONALIDAD Y EL FUEGO

por Néstor Tato

(Lo que sigue ha sido desarrollado con más detalle en “*Qué es la humanidad*” y más breve, en “*Semillero de almas*”. Recomendando la lectura previa de este último).

Todo es movimiento

Así como Leibniz enseñó que nada existe sin una razón (lo llamó principio de razón), Silo nos enseñó que *nada existe aislado* (sintetizando a Kant, Hegel, Schopenhauer y en el siglo pasado, von Bertalanffy y la teoría sistémica que nos legó).

De modo que para entender la intencionalidad hay que ampliar un poco el foco.

Así, para darle contexto de un brochazo, no es aventurado afirmar que *todo es movimiento*. No digo que todo *está* en movimiento, porque ésto omitiría el movimiento interno, aunque parezca normal como expresión, dado que nuestro modo habitual de ver, concebir y expresarnos es *externo*, o como diría Silo, desde el punto de vista de las cosas¹.

De modo que, desde ese punto de vista, tampoco es arriesgado afirmar que *todo es fuego*, si se considera que todo *lo manifestado*² es horno estelar (en su abrumadora mayoría) o sus restos, incandescentes o no (planetas, asteroides y otras minucias irrelevantes por su volumen pero no por su situación, si tomamos nuestra situación en este cascote).

El fuego estelar se generó por la presión gravitacional que comprimió el gas primordial hasta calentarlo y generar la reacción nuclear que formó las primeras estrellas, que explotaron para dar paso a las que conocemos, más estables pero estructuras en combustión.

Ese fuego que es todo lo manifestado no es el que conocemos, esas llamas que a nuestra simple vista se elevan “colgándose” de la gravedad, sino que son gases en combustión conservada por un equilibrio inestable entre la presión gravitatoria (que contrae) y la presión interna de la radiación que busca expandirse y resulta de las reacciones termonucleares³. Expansión y contracción son las dos fuerzas que juegan constantemente para resultar en un balance inestable que favorece la conservación de las estructuras estelares, de esas incontables estructuras en combustión que se conservan en/por su equilibrio inestable y se alejan las unas de las otras en el movimiento expansivo que las impulsa y a la vez las contiene como ámbito mayor. Porque es el movimiento y, en particular, su velocidad constante, lo que da cohesión al conjunto.

Podemos *concebir*⁴ todo como *uno*, como unidad o único (¿será así?), y desde ese punto de vista se puede decir que *es* un movimiento expansivo, como primer atributo. Todo es movimiento y como todo movimiento tiene una dirección: hacia afuera de un centro hipotético del que todos los elementos que lo componen se alejan, dentro de una expansión contenida que impide la dispersión. El juego centrífugo-centrípeto ya está inscripto en el conjunto mayor.

¹ “...una imagen del ser humano visto desde el lado de las cosas y no desde la mirada que mira a las cosas”. *El paisaje humano*, Cap. II, 2.

² Para que haya manifestación tiene que haber un observador cuyo punto de vista perciba desde una perspectiva que determina un aspecto manifestado y un resto oculto. Esto supone, como ya expuse en otros textos, que el patrón que se utiliza para juzgar lo fenoménico es el perceptual externo. Vemos todo desde afuera, lo pensamos desde afuera y operamos sobre las cosas - inevitablemente- desde afuera. Quizás esta enumeración tenga que ser invertida, para respetar la génesis de lo teórico en la experiencia. Porque *somos* un hacer y ese hacer primordial produce la experiencia que luego es codificada, clasificada y procesada por el pensar. Y si alguien objeta que primero es ver, diré que el bebé se mueve antes de empezar a discernir sus nebulosas visiones, todavía en proceso de aprendizaje del ver. Quizás poder reproducir imaginariamente su experiencia ayudaría a comprender la propia en su espontaneidad.

³ Timothy Ferris, *The Whole Shebang*, cap. 2.

⁴ Aquí vale una aclaración metódica: no es posible *ver* todo, dada la limitación de nuestros sentidos. Sólo lo podemos concebir, representar, lo que produce una imagen que tomamos como punto de aplicación o de apoyo según la operación que hagamos. No tomar en cuenta que se está trabajando con una imagen es fuente de desviaciones teóricas de serias consecuencias.

Y el conjunto mayor tiene una dirección expansiva de la que participan todos los fenómenos⁵ que contiene, equilibrada por la presión gravitacional.

La dinámica temporal de los fenómenos

Esos fenómenos son, en términos generales, del orden de lo perceptible (si no, no podrían haber sido manifestaciones).

Son estructuras en equilibrio inestable, sosteniendo la expansión-contracción o cediendo ante alguna de esas fuerzas según la influencia del medio.

La Vida es un proceso de equilibrio.

La misma Vida con su aparición implica una ruptura para lograr un nuevo equilibrio: la primera fusión de partículas de hidrógeno que en las primeras estrellas generó el helio fue el primer equilibrio. Así siguiendo, las nuevas articulaciones que se fueron montando, unas sobre otras, crearon los niveles de integración de la Materia que fueron generando sus formas hasta llegar al cuerpo humano.

Los distintos niveles de estructuración que se pueden discernir en la materia manifiestan, a su vez, niveles de organización: desde lo concreto hasta las partículas, la materia se puede descomponer teórica y experimentalmente en elementos menores a lo manifestado. A su vez, los cuerpos celestes componen otros niveles de organización, como los sistemas solares, galaxias, cúmulos de galaxias.

Pero todos esos fenómenos *son* movimiento, no sólo porque se manifieste espacialmente sino porque *esencialmente son tiempo*.

El universo no sólo se mueve en el espacio sino que lo hace en el tiempo. Es más, primordialmente, *todo transcurre*. Y en ese transcurrir, se mueve, lo que implica un espacio de referencia.

La autotransformación, la variación que se produce en el semoviente⁶, ocurre en el tiempo (si no es el tiempo mismo). Pero también las piedras se modifican con el transcurso, sea por el ciclo circadiano de dilatación-contracción como por la erosión pluvial o eólica, claro que no con el mismo rango temporal.

De modo que, como los fenómenos son temporales, *todo es tiempo*.

El momento como objeto de estudio y la representación que lo pone

Cuando creemos estudiar “un objeto” lo que estamos considerando, en realidad, es *un momento de proceso*. Diría alguien que es un momento de “su” proceso, el del objeto o, más contemporáneo, del observador. Pues no, porque observador y objeto se encuentran conviviendo en una simultaneidad que *los abarca*.

Sabemos que el “objeto” no es uno sino *la situación* en que se encuentra. Y esa situación no incluye sólo al observador, que no se encuentra solo y aislado con su objeto. *La situación en que se encuentran ambos, muy lejos de sus rangos perceptuales, transcurre con el conjunto universal*.

Esa imposibilidad perceptual de captar la situación universal puede ser compensada por la condición básica necesaria de esa situación: *el observador está representando su objeto aunque crea que lo percibe*.

Desde el momento que quiero estudiar un objeto, inevitablemente lo detengo⁷ para pensarlo. Y esa detención se opera con la representación del objeto. Cuando represento un objeto para estudiarlo, necesariamente lo inmovilizo para empezar a analizarlo. Sobre esa representación del objeto es que opero como observador.

⁵ Uso el término en sentido coloquial y genérico para que no escape ninguna de las manifestaciones que se producen en el universo conocido. Esto es, todo lo que *aparece* en la percepción con independencia de su “naturaleza” o, más precisamente, nivel de organización.

⁶ La semoviencia es la característica de los seres vivos, ya presente en los unicelulares.

⁷ Silo, charla sobre el pensar, Corfú, 14 de julio de 1975, en *Pensar y método*, en parquelareja.org.

Este detalle premetódico es la fuente de los errores que habitualmente se cometen aún en las teorías más trabajadas: el objeto estudiado no es un real concreto sino una representación.

Desde la fenomenología se puede decir que aquí se aprecia claramente de qué modo es la conciencia la que *pone* el objeto.⁸ Lo que en modo alguno quiere decir que pueda el observador, yo, tener control alguno sobre el objeto por el mero hecho de ponerlo. La configuración perceptual que conciencia hace del objeto sobre la base del trabajo simultáneo de sentidos y memoria no implica otro poder que el de *presentarlo*, o sea, *realizarlo, darle realidad*.

De modo que, en realidad, no es la realidad lo que tengo “ante mis ojos” como pensador sino una representación que enriquezco o empobrezco según la necesidad que tenga de agregar o quitar información sobre él.

Por supuesto, hay representaciones dinámicas del objeto que no parecen haberlo detenido pero, en tanto representaciones, se han desvinculado de su realidad aún cuando vaya agregando aspectos no considerados en la representación inicial.

Lo que me plantea la necesidad de discernir otros conceptos confundidos en el uso habitual.

El transcurso y el discurso

El sentido habitual con que se usa “transcurso” es el mismo de “decurso” o sea, sucesión temporal, una cosa viene detrás de otra, que es, además la base sobre la que se construye el *principio de razón suficiente* tantas veces confundido con el *esquema causal*⁹ que habitualmente se aplica para decir que “una” cosa resulta de otra cosa que es la “una” que sirve de referencia, perdiendo de vista la estructuralidad de toda situación y la simultaneidad de todo acontecimiento.

En principio, ese transcurso es considerado como unitario o uno, ya que *la representación* de lo perceptual externo elimina los elementos que no interesan, al estilo de “si arrojo una bolita contra otra, la primera mueve la segunda”, con independencia de la fricción, el plano en que se encuentran, la temperatura ambiente, el pulso del experimentador, etc. Ese concebir unidades, individuos, disimula la estructuralidad de todo fenómeno pero, además, el hecho básico de que el fenómeno objeto de estudio no es *lo que es*, sino su representación.

Esa representación del fenómeno surge simultáneamente con él¹⁰. Esto es lo que ya se sabe en base a la teoría de los impulsos, que conciencia produce dos imágenes: una perceptual y otra, representación de lo perceptual, en base a su materia pero liberada de sus determinismos.

Esa liberación de la determinación propia de lo real -entendido como aquéllo que es independiente de mi voluntad, de mi posibilidad de incidir intencionadamente sobre esa imagen perceptual¹¹- deja la representación de la situación librada a los avatares de los mecanismos asociativos de la conciencia¹². El curso de las imágenes se constituye *en paralelo* con la realidad. De ese modo, el *curso* unitario del acontecer *se divide: hay un transcurrir los hechos y un discurrir sobre los hechos*. Aquí hace su “aparición” el *discurso*. Y digo que aparece como si no estuviera, no porque no estuviera sino porque a partir del momento en que es apercebido pasa a ser considerado y tomado en cuenta. Porque en el entendimiento

⁸ Husserl dice que la conciencia es ponente, o sea, tética, que sintetiza la noción de *constitución* del objeto en la conciencia, propuesta inicialmente en sus *Investigaciones Lógicas* (5ta. investigación), desarrollada en *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica I*, y profundizada en cuanto a su implicancia antropológica y extensión en sus *Meditaciones Cartesianas*, en cuanto al punto, consultar la Cuarta Meditación.

⁹ Sobre esto, Schopenhauer, *El principio de razón suficiente*.

¹⁰ Otra vez Husserl, *Fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, mal traducida en la versión más conocida como *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*, allí describe detalladamente cómo surge la representación como retención de lo percibido en el “punto ahora”. Silo lo explica con precisión en *Apuntes de Psicología, I, Impulso, en II, Imaginación*, y Amman en *Autoliberación*, en las primeras ediciones, lección 26, 2 y 4, hoy en *Transferencia, Lección 1, N°2*.

¹¹ Ver Amman, *op. et loc. cit.*, N° 4.

¹² Silo, *op. y loc. cit.*; Amman, *op. et loc. cit.*, N°3.

habitual compartido, “discurso” tiene que ver con *habla* o, si hay cierta pretensión científica, con el *lenguaje* que, según algunos¹³ es lo *manifiesto con lo que se disimula lo que queda oculto*.

El ámbito que le corresponde al discurso en su sentido propio es el *campo de copresencia*¹⁴. Como se puede apreciar, éste no es el sentido habitual con que se usa el término aún cuando esté indicado por la Real Academia. Es más, los primeros sentidos que señala el diccionario adscriben al sentido del fenómeno descrito pero *limitado a lo racional*. Esta limitación a lo racional ha operado en toda la filosofía contemporánea dejando de lado la masa global de la vida psíquica, *lo imaginario*.¹⁵

Este sentido del término “discurso” estaba presente en los orígenes del pensamiento moderno y fue explicitado en el *Leviatán* por Hobbes como “tren de pensamientos”¹⁶ aunque más reconocible desde el siglo es la expresión que usa en el título del capítulo “de la consecuencia o tren de imaginaciones”.

Todo esto ha sido dicho para resaltar aquello que, en el discurso habitual, es transparente.

Vivimos un mundo imaginario

Ortega decía que la ciencia es fantasía¹⁷ (saliéndose, claro está, del sentido habitual de este término), cuando trata sobre la necesidad que tiene el ser humano de *inventarse* para *ser auténtico*, concluyendo que la vida es un género literario.

La ciencia es “fantasía de lo exacto” según él y como propone, la vida es la realidad radical que no es más que fenómeno o sea presencia inmediata de las cosas¹⁸, cuya realidad sólo podemos descubrir mediante la construcción de la verdad que ocultan. Como se vió arriba, la conciencia genera constantemente imágenes (representaciones) que permanecen como contexto en el campo de copresencia de lo que sucede en las situaciones por las que transcurrimos. Mientras ellas -lo percibido- fluyen, lo que *vivimos* inmediatamente es ese complejo de imágenes que nos da la sensación de presente.

Desde otro punto de vista, si lo percibido es traducción constante que surge en un *marco de representación* -el campo de copresencia- o si lo presente transcurre en ese campo copresente, quiere decir que *lo permanente es ese campo de copresencia que nombra la realidad (desde memoria), la continúa (con la representación) y la transforma anticipadamente con la imaginación*. Pero, en definitiva, *lo vivido es imaginario*, fantástico, no real concreto. Así que, *vivimos lo imaginario*. Ésto se advierte abruptamente cuando lo real diverge de lo pensado y nos hace caer en cuenta, “aterrizar” o “poner los pies en la realidad”.

¹³ En los albores del siglo XX la dicotomía entre idea y materia pretenden salvarla algunos lógicos con la entronización de la palabra y el lenguaje como soporte o articulación básica del conocimiento. Comienzan con Bertrand Russell y George Moore y llegan al punto cúlmine con Wittgenstein, realizando interesantes análisis del lenguaje pero errando en su intento de brindar un soporte alternativo al ontológico, o sea, un estatuto del ser que alterna entre lo ideal y lo material. Lo que no advierten es que el significado, tema capital para discernir la cuestión, es una imagen o representación y luego vino Castoriadis a provocar desde el materialismo, la fusión de los extremos de la aporía idea-materia. Es él quien introduce la imaginación como nueva base o extensión de la noción de materia, cerrando un círculo abierto en los albores del pensar y llevando la misma filosofía al cierre de un ciclo que todavía no ha sido adecuadamente explicitado.

¹⁴ Silo, *op. y loc. cit.*

¹⁵ Pese a la degradación racionalista en el pensamiento occidental, el estudio de lo imaginal fue desarrollado por los árabes tempranamente (Averroes) y recién se rescató a partir de la experiencia psicoanalítica, formalizado por Castoriadis (*La institución imaginaria de la sociedad*).

¹⁶ “Por consecuencia o tren de pensamientos, entiendo esa sucesión de un pensamiento a otro que se denomina *discurso mental* (para distinguirlo del discurso en palabras)”, la traducción es mía de la edición de Andrew Croke, Londres, 1651, ubicable en <http://libgen.io/ads.php?md5=02390D38ADE5399D61BA41061B7703CF> (10/09/2017).

¹⁷ En *Prólogo para alemanes*, *Pgfo. 3*, Obras Completas, T. VIII.

¹⁸ En *Investigaciones psicológicas*, *Lección 2*, Obras Completas, T. XII.

Lo concreto: el fuego interno

Para concluir este introito (que ya se fue de las manos por lo erudito) y volver al tema (poner el marco mayor a la intencionalidad), destaco que:

- 1) todo es movimiento;
- 2) todo tiene dirección;
- 3) todo es *imaginario*.

Esto me lleva a concluir que, de acuerdo a lo que sé (que es lo que concibo), el fuego de las estrellas *no es visible*, por tanto, *el fuego universal es interno*.

Ahora bien, si todo es imaginario, el universo que percibo también lo es. Esto es claro dado que *las estrellas no son en el momento que las veo*. Al menos, no sé siquiera si están siendo porque lo que veo, la luz que me llega, lleva años-luz viajando hacia mi ojo. Así que *lo que veo es pasado*. Además, lo que está sucediendo a mi alrededor llega con 68 nanosegundos de retraso, de modo que lo que *creo* ver, ya no es.

Si todo lo que veo es proyección de la estructura interna de mi mirada ¿será que las estrellas que veo son la humanidad proyectada?

Lo que sí puedo concluir con certeza es que, *si el fuego se generó en el interior de las estrellas y se conserva por las condiciones que pone el ámbito mayor, lo cierto es que el universo está dirigido a su producción, conservación y transformación*.

Buenos Aires, setiembre 11-La Reja, setiembre 24 de 2017